

PRÓLOGO DE ESTA EDICION.

En el año de 1840 publicó sus versos en Madrid el Sr. D. Nicomédes-Pastor Diaz con el discreto prólogo que sigue á éste, y debiera excusar el nuestro; pero la costumbre ó manía reinante de prologuizar toda publicacion exige que, ántes de lo que previno muy al caso el autor, vaya impreso algo de otra pluma, que de seguro no ha de ser tan propio ni tan necesario.

Aquí sólo convendría manifestar que no es la presente coleccion igual del todo á la del año 1840; pues, en efecto, sale ordenada en otra forma, y enriquecida con catorce composiciones, de gran valor algunas, y todas de alguno.

Despues de tal aviso, nada puede añadirse que no sepa el lector, ó pueda saber, ya por sí, ya por la noticia biográfica inserta en el primer tomo de estas obras, ya en fin por el prólogo que va reimpresso á las pocas páginas. Quien ignore que el señor Pastor Diaz ha sido uno de los mejores poetas españoles de nuestros tiempos; el que no conozca ya el carácter por que se distingue su poesía, no espere de nosotros una filosófica disertacion, desti-

nada á probar qué fué Pastor Diaz como poeta, y por qué lo fué: aquello nos lo declara él mismo; ésto nos lo indica tambien suficientemente, y no tratamos de esclarecerlo más, porque no es tiempo aún de que salgan á luz todos los secretos y pormenores de una vida forzosamente relacionada con las de otros, que, ó viven aún, ó bajaron al sepulcro dejando á sus familias tiernos recuerdos, que merecen ser atendidos y respetados.

«Mis versos (dijo nuestro difunto amigo en el prólogo ya citado) no pertenecen al porvenir, ni á la sociedad, ni á la moral, ni á la religion, ni á objeto alguno universal, ó, como ahora se dice, humanitario; son composiciones *individuales*.» *Ama mi corazon todo lo triste*, añade en una de las obras nuevamente agregadas á nuestro libro; y en la primera de él, intitulada *Mi inspiracion*, se nos presenta desde luego como cantor de amores y desventuras: una vision, una fantasma, que se le aparece misteriosa y lúgubre y le llama infeliz, le anuncia:

“ El dedo del destino
 Trazó tu *oscura y áspera carrera*.
 Yo he leído en su libro diamantino
 La suerte que te espera.
 Á vano, eterno llanto
 Te condenó, y á fúnebres pasiones....

 El rigor de la suerte
 Cantarás sólo, inútiles ternuras,
 La soledad, la noche, y las dulzuras
 De apetecida muerte. ”

La prediccion de la fantasma, en su parte primera, no fué cumplida. Llevado pronto Nicomédes-Pastor Diaz á puestos honrosos, luego á mandar una provincia, despues al Consejo de la Corona y al Senado; Embajador y Ministro, condecorado con cinco grandes cruces, insigne en el periodismo, en el Parlamento y en el Parnaso, la carrera de Pastor Diaz como hombre público no fué ni oscura ni áspera, sino llana, próspera y brillante. Pero las amarguras de su juventud habian puesto desde muy al principio la queja en los labios de su musa, que nunca supo sonreír sino con tristeza. La prematura muerte de una mujer tiernamente amada, célebre por él con el nombre de *Lina*, fijó su carácter poético; nacieron de una tumba las flores de la corona que ornó sus sienes; y para todas las impresiones que agitaron su corazon despues, y le movieron á tomar en las manos la lira, sólo tuvo, como el cantor de Eliodora,

Voz de dolor y canto de gemido.

Vemos ya declarado, por quien mejor lo pudo saber, el hecho con la causa, la índole poética melancólica de los versos de nuestro amigo, y la razon de ella: fué un deplorable suceso, de consecuencias permanentes, una desgracia de la juventud, que lastimó el corazon del autor y su imaginacion, igualmente sensible, para toda la vida. En los discursos, en las lecciones, en las demás obras de Pastor Diaz, aparece el repúblico, el literato, el orador, el hombre de Estado; en sus poesías el

hombre á solas: allí su ingenio, aquí su corazón: pudiéramos decir de ellas, repitiendo una inscripción muy sonada, tiempo ántes que naciese nuestro poeta: *Son cœur est ici, son esprit est partout.*

Á la verdad, muchos han sido los escritores que experimentaron en su juventud pérdidas semejantes, y no se acibaró tanto y tan largamente por eso el carácter de su poesía. Y no eran hombres que sentían ménos que otros las pesadumbres; pero sabían ó podían sentir cual el mal el bien, y en la vida hay de todo. Pastor Diaz hubo de nacer con una predisposición señalada para la elegía; y reuniéndose en él una causa natural y otra fortuita y fuerte, hubo de escoger para sus poemas asuntos dolorosos, los cuales no escasean en la vida más apacible. Á los diez y siete años no cumplidos, cuando, segun él mismo nos lo dice, *amaba sin objeto*, ya las inspiraciones de su musa eran tristes, ya (quejándose de *soledad espantosa*) deseaba la muerte. Vivía entónces, y no la conocería tal vez aún, la que habia de ser otra Laura para el Petrarca nuevo, y ya la queja era la voz del jóven poeta. Desde el primer arrullo ya emite la tórtola tonos dolientes: el presentimiento de la desgracia es en ciertos corazones innato; y entre temerla ántes y plañirla despues, consumen los breves dias de su existencia. Quien apetecía morir si no habia de gozar las dichas de amor, para él todavía incógnitas, bien podia, al amar *con objeto*, y hallarse separado de él, anhelar otra vez la muerte, como fin de una ausencia cruel y desesperada. «¡Verla y expirar!» decia Leandro á las olas que le repelian de la torre,

donde le esperaban en vano los brazos amantes de la tierna Hero.

Precede á la composición dirigida *Á la muerte*, que tiene la fecha de 1829, la que lleva el título de *La inocencia*, escrita despues (en 1830); pero está muy bien colocada primero, porque los afectos del autor expresados en ella se refieren de hecho á tiempos anteriores. Contaria Pastor Diaz de veinticuatro á veinticinco años á lo sumo cuando se hallaba en la situación que allí se describe. Podia entónces decir á Amelia:

«Y cuando de tu angélica ternura
Inspirado me veo,
Yo creo en la virtud, en la hermosura,
Y hasta en la dicha creo.»

Amargo es, por cierto, ese *hasta*, cuya explicación se hallará en los versos siguientes:

«¡Ángel de la inocencia, yo te imploro!...
Disipa estas quimeras.
Celestial hermosura, yo te adoro....
Mas ¡ay! Tú.... no me quieras.
No se fijen tus vagas ilusiones
Sobre mi ardiente seno.
Teme el triste furor de mis pasiones
Y su oculto veneno.
Todos los fuegos que mi pecho inflama
Son rayos matadores.
Quema mi corazón todo lo que ama;
Sólo inspira dolores.»

Desde que Pastor Diaz habia escrito *El amor sin objeto*, hasta cuando se retrató en estas estrofas, habia recorrido muchas revueltas en el laberinto del mundo; por fortuna podia decir:

"Allá en otros momentos
Podré sentir, mi bien, palpitaciones,
Nunca remordimientos."

Acaudalaba ya experiencia bastante para prorumpir en este otro pensamiento, uno de los más profundos y más bellos que se leen en las obras de nuestro autor:

"Y abarcando á su fin de una mirada
Mi efimera existencia,
Diré: *Felicidad..... ó no eres nada,*
Ó fuiste la Inocencia."

¡Hermosísimo rasgo, de exquisita delicadeza y sólida verdad! La dicha nace de la virtud, y la virtud del hombre, el cual es por naturaleza frágil, suele ser hija del arrepentimiento: así, á la candidez inmaculada de la inocencia no iguala felicidad alguna: toda otra virtud, toda otra dicha será puramente de hombres; la felicidad propia de la inocencia es de ángeles, criaturas predilectas de la Suma Sabiduría.

Siguiendo el autor la historia de sus deseos y sentimientos (véase la pág. 32), nos cuenta:

"Corrí á las fuentes dó mi labio ardiente
Beber el bien queria;
Y á su hidrópico afan inobediente,
El néctar del deleite no corria....
Y corrió por mi mal.... ¡y era veneno!
Bebiéronle conmigo:
Crimen en vez de amor ardió en mi seno;
Fuí amante inútil y funesto amigo."

Al crimen sigue indefectiblemente el remordimiento: estos versos, pues, á pesar de su fecha, se refieren á un tiempo, segun va dicho, posterior.

En las composiciones tituladas *Desvarío*, *Su memoria* y *Á la luna*, encontrará el lector acá y allá esparcidos los trémulos y confusos rasgos de la catástrofe tan vivamente sentida por el poeta: de una vaguedad tétrica semejante participan los versos de *Su mirar* y *Una voz*. Á la fuerza del tiempo, consolador el más eficaz de los tristes, ceden las penas en el corazon del amante de Lina; ya era dulce su sueño, sus dias plácidos; ya no pasaban por su frente negras nubes que le arrancasen lágrimas, cuando en una noche serena y clara, levantando con gratitud los ojos al cielo, vió delante de sí revolver una *Mariposa negra*, que turbó de nuevo la paz de su espíritu, laboriosamente adquirida; y, con pesar ya sobre el volcan gruesa capa de nieve,

"Las nieves del volcan se derritieron
Al fuego que ligeras encendieron
Dos alas de crespon."

En la lucha que mantiene el hombre consigo

mismo, no hay arma, no hay auxilio, por endeble que sea, que no baste para decidir la victoria del sentimiento: *La mano fría* de la razón es impotente para extinguir la llama que brota más pujante cuanto más concentrada estuvo. Aconsejamos al lector que vea la composición titulada *La mano fría*, ó ya entre las primeras, porque allí es su lugar por la fecha, ó ya entre las últimas, porque á ellas corresponde más por su objeto y su tono.

Dulcísimo es el de los versos dedicados á la muerte de aquel hermano, que se le murió en la niñez; misericordioso y benévolo el de los que forman la composición aplicada *Á un ángel caído*; blandamente amorosas (como que expresan el cariño filial) las estrofas con que remite su retrato Nicomedes-Pastor á su digna madre. Bajo los rudos majestuosos arcos del acueducto de Segovia discurre con severa filosofía; con la autoridad de la ciencia católica en el largo romance que leyó la noche de Navidad de 1857 en casa del Sr. Marqués de Molins: de la titulada *El quince de Octubre* juzgarán los políticos; en ciertos versos de ella habló el autor en nombre de algunos; los sentimientos expresados en los cuartetos *Á S. M. la Reina Gobernadora* fueron los de muchos millones de habitantes de España. Con citar aquí *La Sirena del Norte* habremos recorrido la lista de todo lo bello, de casi todo lo que en poesía escribió nuestro amigo: no mucho en cantidad, mucho, sí, por su alta valía: el tierno Latorre y el sentido cantor de *la Arrebolera*, nos dejaron aún ménos rasgos de sus felices plumas, atinadas hasta en aquella sobriedad para producir, que deja al lector

con deseo de más largo placer entre la admiración de lo que disfruta.

D. Nicomédes-Pastor Diaz, nacido con exquisita sensibilidad y con imaginación ardiente, viviendo su juventud en una época turbulenta, cuando el hierro y el fuego devastaban su patria; cuando veía derrocar los alcázares de lo pasado, y no alzaba todavía la edad presente sus monumentos para la venidera; herido en sus afectos, contrariado en sus más dulces inclinaciones, burlado en el logro de sus más vehementes anhelos, reservó casi exclusivamente para sí la voz de su poesía, que no pudo ser sino dolorosa; y cantando sus sentimientos en dulce sonido, atrajo á su alrededor á las almas tiernas, que le oyeron y le oyen con viva simpatía, con melancólico deleite, con admiración y entusiasmo. Producto de su juventud los más de sus versos, á la juventud los dedicó, más capaz de sentirlos y saborearlos, que la madurez de la vida ni su decadencia. Los jóvenes hallarán en ellos fieles pinturas de pasiones y padecimientos, de esperanzas y desengaños, que les son ya ó les habrán de ser conocidos; algo tal vez oscuro en el pensamiento ó por la expresión, mucho que les admire, mucho que los enseñe, nada que ofenda, nada que perjudique ni su moralidad ni su gusto. La poesía de Pastor Diaz se explaya en conceptos graves ó delicados, ó brillantes y enérgicos; su versificación bien trabajada une de continuo la propiedad, la variedad y la armonía. No diremos que por variar el ritmo de los endecasílabos convenga usarlos de la factura de estos:

Así las ondas de este Landro hermoso.....
 ¡Misero yo! No soy más que un mortal.....
 Miro do quier como un mortuorio manto.....
 Y sobre sus tormentos y avenidas.....
 La copa busca de un pensil de estrellas.....

Sin embargo, estos versos, con la buena, con la oportunísima entonacion que les daba Nicomédes-Pastor al leerlos, encantaban al que los oía. El verbo *convulsar*, el violento monosilabo *lee*, convertido en consonante de *ve*; *leerá* é *ideal* hechos voces disilabas, y alguna que otra incorreccion harto leve, ¿qué son entre tantos excelentes versos que forman esta coleccion preciosa, modelo de arte métrica de los mejores que puede presentar nuestro siglo en España? No eran tan esmerados, por cierto, los autores del siglo de oro de nuestras letras, cuyo estudio se prescribe en reglamentos y cátedras, en libros de clase y en controversias críticas. El que busque versos defectuosos en las obras de Pastor Diaz, tardará en encontrarlos; quien los apetezca flúidos, valientes, sonoros, buenos en fin, abra por cualquiera de sus páginas este libro, sincera historia de un corazon doliente, sembrada de episodios y digresiones interesantes, donde una rica imaginacion reviste de galas deslumbradoras las maduras sentencias de la filosofía.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PRÓLOGO DEL AUTOR

EN LA EDICION DE 1840.

Al dar á la prensa estas composiciones, creo de mi deber manifestar el principal motivo que me ha decidido á hacerlo. Si la prensa fuera el público, no me atreveria á llamar su atencion sobre estas producciones; pero le respeto demasiado, y le conozco lo bastante, para que yo pueda presumir que dar á la estampa meramente este libro es publicarle. La prensa es un medio de copiar como cualquier otro; y cuando el número de personas, que por aficion, por curiosidad ó por cortesía me piden copias de mis versos, ha llegado á ser demasiado considerable para que yo pueda satisfacerlas á todas, he creido más cómodo formar esta pequeña coleccion y tenerla impresa.

Por otra parte, habiéndoseme llamado más de una vez poeta, debo presentar mis títulos á fin de no usurpar un nombre no merecido, y de no arrogarme, á la sombra del

misterio, una reputacion fundada en lo que no existe; porque tal vez no existirá más que lo que al presente imprimo. Las composiciones que ahora doy á luz, muchas de ellas publicadas ya en folletines ó en periódicos literarios, cuentan por la mayor parte siete ú ocho años de fecha. Hace tiempo que, dedicado á negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca. En esta época desventurada, las facultades poéticas se extinguen pronto, la imaginacion se desencanta, el corazon se hiela, el gusto, en vez de perfeccionarse, se corrompe, las ilusiones se disipan, y la region poética del mundo se eclipsa, quedando sólo á la vista el mundo real y positivo, ó la parte de él llamada así por los desdichados que creen que la imaginacion, el sentimiento, el alma, el amor de lo bello y el éxtasis de lo sublime no son nada, como los ciegos pudieran llamar mundo real al que ellos palpan, creyendo fantástico el que nosotros vemos.

Hé aquí las razones que me asisten para aventurarme á dar á luz estas páginas; hé aquí la disculpa de mi osadía.

Por lo demás, todo el que lea el prólogo que escribí para las poesías de mi amigo el Sr. Zorrilla, conocerá la poca importancia que yo puedo dar á estos versos, y aun al género á que pertenecen. En aquel escrito están consignados mis principios literarios, y allí se puede ver lo

que á mis ojos vale y significa la estéril y anárquica literatura de nuestra edad. Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura más triste aún: no pertenecen al porvenir, ni á la sociedad, ni á la moral, ni á la religion, ni á objeto alguno universal, ó, como ahora se dice, humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazon que, como la mayor parte de los corazones que nos rodéan, gime y llora solamente por haber nacido. Y si nadie puede estar más convencido que lo estoy yo de que la poesía debe tener un fin social, y una mision fecunda, moral y civilizadora; si á nadie pueden parecer más vanas, fútiles y efímeras todas esas obras de escombros, que van esparciendo como el polvo de su camino los que hoy peregrinan por el desolado campo de las artes; si creo que la ráfaga del huracan que sobre ellos sopla, barrerá pronto ese polvo, y barrerá sus huellas; si estoy evidentemente penetrado de que poesía social no puede existir donde no hay sociedad, y de que en Europa la sociedad pereció, y no hay más que individuos; y si de tan terrible anatema creo heridas las más célebres producciones y las más ilustres capacidades literarias de nuestra época, dejo á cualquiera coleccionar lo que de estos oscuros cantos podré yo creer y esperar. Por eso he dicho que no los publicaba, sí que los imprimía. En la poesía puede suceder lo que en la arquitectura; en torno de los monumentos es preciso que se eleven las obras pasajeras

4

que sólo duran la vida de un hombre. A par del Escorial y del Vaticano se alzan miles de casas comunes, que se derriban y se renuevan cada generacion: y al pié de las Pirámides levanta el árabe su barraca de palmas, que dura sólo un dia; como á vista de Homero, Virgilio, Dante, Tasso, Shakespeare y Calderon, que cantaron para los siglos y para las generaciones, hoy se escribe para una poblacion, para una clase, para una tertulia. Hé aquí todo el interés, toda la importancia que, á lo más, doy á mis versos. Hasta desgracia es no tener más fé, y carecer de la arrogante presuncion del que estampó al frente de los suyos: *Exegi monumentum ære perennius.*

Por eso al imprimir estos preludios, he creído deber disculparme para con el público y para con los artistas, del arrojo de publicarlos.

PRIMER PERÍODO.

ADOLESCENCIA.